

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN

## “NO QUIERO”

## “NO ME DA LA GANA”

Pues, señor, vivían en Reconqueuela dos honrados cónyuges llamados, por mal nombre, el tío **No quiero** y la tía **No me da la gana**.

Pusieronles este mote, las gentes del lugar, porque como podrás suponer, avisado lector, en sus frecuentes disensiones matrimoniales, a él no se le caía de los labios la muletilla: ¡no quiero! y a ella la otra: ¡no me da la gana!

Eran ya de mucha edad, y tan semejantes el uno al otro, que parecían hermanos: los dos bajetes, arrugados, canosos, con la boca desportillada y tan torcida hacia la izquierda, que, según contaba la gente, cuando querían apagar el candil por la noche; soplaban con toda su alma, uno por cada lado: —¡ju... ful... Y el candil ardiendo inmóvil en el medio. Pero dejémos estas inútiles habladerías y vengamos a la verdad de los hechos.

El tío **No quiero**, era tan cargado de espaldas, que, por no mentir, más vale decir de una vez, que era algo jorobado, tenía las piernecillas delgadas y retorcidas, era tuerto de un ojo y su mujer del otro, pero en cambio el que les quedaba sano lo tenían por lo regular avisado y listillo.

Más de cincuenta años llevaban ya de honrado matrimonio, estos garbosos cónyuges, sin que en todos ellos hubieran tenido graves disensiones, fuera de la famosa trifulca en que se saltaron mutuamente el ojo; pero fué una vez y en paz.

Por lo demás eran honrados y pacíficos; él no tenía más defecto, si defecto puede llamarse, que el irsele algo la mano en el vinillo, de cuyas resultas, a vuelta de tiempo, le venía cierto tembleque en los brazos y en la mandíbula. Pero nunca dió escándalos gordos; por lo cual, dicho se está que resultaba a todas luces irracional la tía **No me da la gana**, cuando decía; que era imposible la vida con aquel hombre, pues no había noche que no viniera alumbrado, pasadas ya las doce; y lo peor, para ella estaba en que, como consecuencia, le aplicaba la estaca; y eso no podía ser.

El tío **No quiero**, por su parte, replicaba: que no la hicieran caso, que eran

cosas de mujeres, que si ella no fuera tan cascarrabias y fisgona... él de por si era de buen vino, y sólo la ponía mano cuando ella le calentaba la sangre.

Fuera de estos casos, que sólo ocurrían, como digo, de noche y a puertas cerradas, en público todas sus disensiones se reducían a exclamar él, lleno de energía a cuanto le indicaba su costilla:

¡Te digo que no quiero!

Y replicaba ella con no menos turia:

—¡Te repito que no me da la gana!

Esto era todo cuanto en público se sabía del honrado matrimonio. Por lo cual, cierto día se armó no pequeña escandelería en el lugar, cuando vieron rota la dulce armonía de cincuenta o mas años de vida feliz, por la escena que vamos a contar aquí.

Una mañana de otoño, poco después de rayar la aurora, cuando la plaza pública estaba llena de gente preparándose para partir a las labores del día, salieron de su casa los dos viejos, pero tan descompuestos y turbados, que daban miedo; indicio inequívoco de algún idilio íntimo. El echaba sapos y culebras por la boca, llevaba los puños cerrados y en uno de ellos el sombrero apretado y retorcido como un zurriago; ella con la cara congestionada, los grises pelos revueltos, el pañuelo arrancado hacia atrás; caminaban separados y decididos dirigiéndose rencorosas miradas con el ojo sano, y barbotando por lo bajo horrendas amenazas.

—¡Vamos a ver si quieres o no quieres!...

Paróse la gente a mirarlos con alarma, y los vieron entrar como fieras en casa del señor Cura párroco.

Estaba dicho señor sentado en su despacho rezando el breviario, cuando llegaron ante él como torbellinos, los dos vejetes. Suspendió el rezo, apoyando el dedo en el salmo que rezaba, y se puso a mirarlos por encima de las gafas.

—¡Pero hombre!... ¿qué les trae a ustedes por aquí tan temprano?

—Pues mire usted, señor Cura —rompió a decir la vieja entre llorosa y furibunda— que este hombre es un borra-

cho y un perdido y un trasnochador, y yo no puedo aguantarle más... y no puedo vivir con él... y vaya, que, con perdón de usted, yo me desparto de él para in secula seculorum amén... y nada más.

—Pero vamos, mujer ¿qué ha sido ello?—preguntó el cura con cachaza—explíqueme usted, hombre.

—Le digo a usted, que es muy malísimo... y yo soy una infeliz, una pobre que no me meto con él...

—¿Y cuánto tiempo llevan ustedes juntos?

Cincuenta y tres corridos, señor cura, pero es mu malísimo, y yo no puedo con él, y por más que le sermonéo, cada vez peor.

—¿Y hasta ahora no se han conocido?—Ya ve usted; las cosas tienen su término. Y sepárenos cuanto antes, señor cura, si puede ser, que yo no aguanto más; mire usted, cómo me ha puesto la cara a guantás.

—¡Cállate farándula! intervino por fin el tío **No quiero**, que estaba prudentemente callado, retorciendo el sombrero con las manos—¡no desajeres!, ¡cuántas noches te la he puesto peor y no te has quejado a nadie!...

Y como empezasen a cruzarse recios denuestos cortólos en seco el cura, poniéndose de pié y encarándose con el viejo.

—¿Y usted que dice a todo ello, agüelo?

—Pues, **mie usted**, para ser claro, a uno le gusta una miaja el vino, y como gasta de lo suyo y a nadie perjudica, porque no tenemos hijos, tal cual vez se emborracha uno como Dios manda, y se pone entre dos luces. ¿comprende usted? y como las mujeres son tan entrometidas, le hurgan a uno y al fin se van las manos sin pensar. Y na más. Pero mire usted: si ésta se empeña, por mí ya estamos en la iglesia, y si tiene usted por ahí algún Sacramento para descasar, en el mismo sitio que nos casamos, nos descasa usted y andando.

—Oiga usted, tío **No quiero**—respondió el cura—eso de emborracharse como Dios manda, no lo comprendo bien, porque cabalmente Dios lo prohíbe.

—Quiero decir en plata: pillar la gran filoxera. Pero es lo de menos y vamos al punto: ¿en qué quedamos; nos descasa usted u no?

—Si, hombre, si; vamos a la iglesia, por mi no ha de quedar; edad tenéis y ya habéis echado los dientes...

Y sin esperar a más razones, cogió el sombrero y el manteo, y salió andando hasta la puerta. La tía No me da la gana, se recogió un poco las aireadas greñas, se subió el pañuelo y echó con su esposo d' trás del párroco murmurando entre dientes:

—Eres más testarudo...

—¡La testaruda éres tú, recontra!

Llegados a la sacristía, les hizo el párroco arrollidarse en el suelo, y se dispuso a la ceremonia, que por lo visto era larga.

Encendió dos cirios del catafalco, preparó el misal sobre un atril alto, abriéndolo en la primera página, cogió el hisopo y el calderillo de agua bendita, revistióse de sobrepelliz y estola, y acercándose solemnemente a los cónyuges les preguntó.

—¿Queréis descasaros?

—Si, señor—respondieron a un tiempo los dos viejos mirándose de reojo con furia, y poniéndose casi de espaldas el uno al otro.

Entonces el párroco, calzándose ceremoniosamente los quevedos en la punta de la nariz, comenzó a leer entre dientes las oraciones de la primera hoja, y al terminarla cogió el aspensorio de bronce, mojólo en agua bendita, y atizandoles con él en la cabeza sendos linternazos bién asentados; exclamó:

—Asperges me hisopo...

Y pasó la hoja y siguió rezando oraciones. Al llegar al fin de la segunda, volvió a enarbolar el hisopo, y con más fuerza que en la anterior, les arremió el estacazo en la cabeza, repitiendo ¡Asperges me!

Lo mismo repitió al final de la tercera y de la cuarta, sólo que con más fuerza cada vez, para cumplir la prescripción del ritual.

—Señor cura, ¿es muy largo el oficio—preguntó el tío No quiero, llevándose la mano a la cabeza.

—Ya vé usted este libro—respondió el sacerdote enseñándole el misal—estamos aún en la cuarta hoja.

Bajo el viejo, resignadamente la cabeza, dando por bien empleado el trabajo con tal de descasarse; el párroco prosiguió pasando hojas y repartiendo hisopazos cada vez mas recios.

Al resonar el fatídico Asperges me se le estremecieron las carnes a la vieja, y no pudiendo resistir más, exclamó con voz flauteada:

—Señor cura, deme usted un poco a este otro lado, si le parece, que aquí lo tengo ya frito.

Pero el celoso ministro proseguía impertérrito su oficio, sin oír explicaciones de ningún género.

Cuando llevaba ya dos docenas de de hojas, comenzó la cosa a ponerse seria: la vieja enarbolaba el codo, en cuanto oía asperges, y el tío No quiero se rascaba desesperadamente la calva, frunciendo el entrecejo; hasta que por fin se puso en pié, y encarándose con el párroco, le dijo en seco:

—Pero ¡recontra! ¿nos quiere usted matar u qué?

—Si señor,—respondió con sosiego el señor cura—para descasarlos o sea para disolver el matrimonio, hay que matar a uno de los dos; al primero que caiga.

—Entonces si a usted le parece lo dejaremos para otro día—propuso el viejo.

—Mejor será—dijo ella. Y cogiéndose del brazo los dos viejos, se miraron por el ojo sano, con el mismo cariño que hacía cincuenta y tres años.

El párroco, poniéndose muy serio les recordó con graves palabras la indisolubilidad del santo Matrimonio, con la cual son felices la inmensa mayoría de los esposos cristianos; aunque tienen inconvenientes, como todas las leyes los tendría incomparablemente mayores su abrogación, dejando al descubierto el honor de la esposa, el porvenir de los hijos y los fundamentos de la familia, entregándolos al instinto bruto, a merced del primer disgusto familiar o de la primera pasión desenfrenada.

Con lo cual los dos vejetes se fueron a su casa encantados de la vida, a pasar la luna de miel.

Luis F. de Retana, C. SS. R.

## Pruébame, Señor

(Teresiana)

*No he de quejarme de Ti porque me pruebes, Señor, porque tu pruebas, sentí que eran pruebas del amor que Tú sientes hacia mí.*

*Prueba a probarme de nuevo, que al probar conseguirás que yo te pruebe, quizás, que con tu prueba me atrevo, pues prueba de amor me das.*

*La prueba a que me sometes templa mi alma de tal modo, que al probarme, Tú te metes en mí y me ocupas todo, mas tu fuerza me prometes.*

*¿Qué importa que Tú me des para probar mi constancia pruebas, si con interés me das valor y arrogancia para vencerlas después!*

*Pruébame de esa manera en que Tú pones el todo en una prueba cualquiera. Pruébame de cualquier modo con la prueba más severa.*

*Pruébame y verás después que la prueba del amor que me das con interés, hará que muera y me des la prueba eterna, Señor.*

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

## TODOS RICOS

Una vez Dios Nuestro Señor llamó a San Pedro y le dijo:

—Todos los hombres claman por ser ricos. Anda, Pedro, a la tierra y dales gusto. A ver si se hartan de una vez.

Ni sordo ni perezoso se bajó a la tierra el bueno del Apóstol e hizo que un ángel tocara una trompeta convocando a todo el género humano a una gran llanura. Algo medrosicos se pusieron los mortales sospechando si aquel trompetazo sería anuncio del juicio final; pero cuando oyeron después al Apóstol que venía para colmarlos a todos y a cada uno de riquezas, aquello fué el acabóse del jolgorio y altracamundana. Gritaron hasta enronquecer y bailaron hasta descoyuntarse.

Cuando se había sosegado un poco el cotario, empezó la repartición en la cual no se observó otra justicia distributiva que la voluntad de cada cual. Ya lo había dicho San Pedro: «Pedid por esas bocas lo que queráis y cuanto queráis, que vuestros deseos serán colmados». Unos querían dinero, otros campos, otros casas; quién ganados, quien navíos, quién todo junto. Uno pidió mil millones en oro. Cuando vió semejante montón del metal amarillo, le tuvo miedo y se contentó con la mitad.

—¿No quieres nada más?

—No, señor don San Pedro—dijo el atortolado multimillonario, que antes era matarife.

—Te pesará tanto oro—dijo el Apóstol con segunda intención.

Lo llevaré en carros—contestó el otro entendiendo la objeción al pie de la letra.

Otro pidió tierras, muchas tierras, con ganados, masías, sembrados, arboledas...

—¿No quieres más?—preguntó San Pedro.

—No, señor.

Al principio cada rico íbase arreglando como podía. Los más positivistos que habían pedido mucho que comer y de vestir, con los inmensos almacenes de comestibles y de ropas, iban pasando tal cual la vida. Sin embargo, empezaron a aparecer sus nubecillas en el cielo de los más afortunados.

—Mujer—decía a su costilla uno de estos ricos almacenistas, antes zapatero remendón—llama a la criada y que nos traiga la comida.

—¿Qué estás diciendo? ¿No sabes que ya se acabaron las criadas?

—¿Cómo es eso? No puede ser.

—No ves que todos son ricos...

¿Quién sirve a otro siendo rico?

—Pues arréglate tu misma, y sirve a la mesa.

—Antes no servía siendo maestra zapatera y ¿serviré ahora, siendo millonaria?

—Tienes razón, no debes hacerlo.

Sería rebajarte. Pero busquemos quien sirva.

Salieron afuera y toparon con el archimillonario que hacía centinela junto a su montón de oro porque no se lo robaran.

—¿Qué haces ahí?—preguntaron los cónyuges zapateros.

—No encuentro quien me transporte ese oro, ni hay carruajitos, ni hay carreteros, ni hay policías, ni nadie que trabaje y sirva. Y tengo hambre y, con mi oro en la mano, no encuentro que comer. No hay mercados ni gente que venda, todos son señores, todos millonarios. Estoy desesperado.

—Vente a comer a casa—dijo el exzapatero.

—Coged un puñado de oro en cambio.

—No queremos tu oro; queremos que nos sirvas, nos prepararás la comida, barrerás, lavarás...

—Pero, ¿te estás burlando de mí?

—Nunca hablé con más formalidad; tenemos hambre y no podemos comer porque no hay quien nos sirva.

—Pues que os sirva un cuerno. Yo soy archimillonario, y teniendo lo que tengo, no voy hacer de criado de nadie; mucho menos que ni antes, cuando era pobre, lo hice.

Los cónyuges se marchaban con la música a otra parte, cuando el archimillonario, que con su montón de oro se moría de hambre probablemente, los llamó:

—Iré, os servire—dijo—y comeré. ¡Malditos sean los millones! Y los siguió, llevándose cuanto pudo. Lo demás allí quedó, nadie quería guardárselo. También le ayudaron al transporte con un buen capazo del precioso metal el exzapatero y su mujer. Y el pobre rico hubo de servir para poder comer.

El dueño de las inmensas campiñas, con ganados, masías y toda clase de productos de la tierra, dijo a su mujer:

—Manda matar un becerro para comer.

—No hay matarifes, todos son ricos.

—Mándaselo a un pastor.

—No hay pastores, todos son ricos, y nadie sirve a nadie.

Estaban lejos de poblado; los de las otras fincas lindantes con la suya estaban en las mismas condiciones que ellos. ¿A quién llamarían? Y había que comer. Comieron frutas de los árboles como tristes salvajes. Pero aquello no podía durar. No tenían pan pero tenían trigo. ¿Quién lo molería? Había un molino, pero el molinero era millonario. ¿Cómo iba a moler? Estaban peor que antes. Y la cosa no parecía tener remedio; y hasta aquellas fincas magníficas se volverían yermas sin brazos que las trabajaran.

Un riquísimo almacenista buscaba quien le sirviera. ¡Como si no! Otro buscaba un par de zapatos. No había zapaterías. ¿Para qué, si todos eran ricos? Otro millonario preguntaba por un sastre, pues tenía rasgadas las rodilleras, y como no vendían trajes, al menos hallaría quien le remendara

aquellas brechas que parecían bocas que se reían con descaro del pobre rico... Hubo de apañarse él mismo como pudo.

No había quien lavara, no había quien cociera, no había quien vendiera, no había, en fin, quien trabajara porque todos eran ricos ¡enormemente ricos!

Cundió la miseria; tuvieron que trabajar los millonarios, pero sin orden ni concierto, sin aquella ordenada división del trabajo de antes... El hambre se hizo general, hubo crímenes, hubo desgracias, y se elevó al fin hasta el cielo este universal clamoreo:

—¡San Pedro, remédianos!

No se hizo esperar el Apóstol, bajó del cielo a la llanura de marras donde estaban todos los humanos en actitud suplicante y dijo:

—Al fin os convencísteis. ¿No véis, desgraciados, que el ser todos ricos, no sólo es imposible, sino que sería un enorme disparate? ¿No veis palpablemente que es preciso que haya pobres y ricos, quien sirva y quien pague? Desengañaos; volved a vuestra antigua condición, y será lo mejor. Procurar huir de la miseria, pero no os quejéis por una pobre medianía. Si sois ricos, emplead bien vuestras riquezas; si pobres, contentaos con vuestro estado con el cual es más fácil entrar en el reino de los cielos. Además mi compañero Pablo lo ha dicho: Teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con ello.

Dijo, y echando su bendición sobre las turbas, cada cual volvió a la antigua condición que antes tuvo, y el Santo Apóstol se voló al cielo.

M. SANCHO.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

No desaprovechaban ocasión, escribas y fariseos, para dificultar la labor evangelizadora de Jesús de Nazaret.

En varias ocasiones ya habían intentado obligarle a dar alguna explicación respecto de las leyes religiosas que estuvieran abiertamente en contra de sus principios. Y nuevamente, acercándose a El cierto día, le preguntan:

—Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con sinceridad el camino de Dios, ni te importa de nadie, porque no atiendes a respetos humanos. Así pues dínos, ¿qué te parece? ¿Se puede o no se puede dar tributo a César?

Mas Jesús conociendo la malicia, les dijo: ¿A que me venís a tentar hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo. Ellos le presentaron un denario. Y les dijo Jesús: ¿De quien es esta imagen y esta inscripción? Dícnle: De César. Entonces les responde:

—Dad pues al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.

Dios ha dejado plena libertad al hombre para organizarse políticamente

en la forma que más convenga a las circunstancias de época y de lugar. Si le ha dado unos principios como norma de su conducta, éstos principios pueden adaptarse a las distintas organizaciones humanas y a las varias maneras de vivir en sociedad.

Sometidos a los principios cristianos, el hombre de fé, sin abandonar sus creencias y vivir de acuerdo con los mandamientos de la ley de Dios puede también pagar su tributo a los distintos organismos que la vida presenta para el cumplimiento de sus aspiraciones y necesidades.

No confundamos los problemas. Una cosa es lo accidental y otra el fin supremo del hombre. Una cosa es la religión y otra muy distinta la política, las sociedades que persiguen fines humanos etc., siempre que estén de acuerdo, claro está, con esos principios morales impuestos por Dios al hombre.

Pero estas otras organizaciones pueden tener fines completamente independientes de los fines religiosos: el recreo, el arte, o cualquier otro fin de la vida, pues nuestras actividades sociales nos exigen a veces vivir encuadrados en estos otros organismos que el hombre establece para el mejor logro de las comodidades humanas.

Algunas doctrinas y teorías de carácter social o político tienen consiguientemente en sus programas principios abiertamente en pugna de los fines religiosos del hombre. Si algunas no han triunfado, a pesar de sus halagadoras aspiraciones sociales, han sido precisamente por su marcado carácter antirreligioso. Error enorme que entorpece por completo el logro de sus idearios, incomprensible su intolerancia, mucho más cuando ellos mismos condenan a los principios religiosos su intromisión en la vida privada del hombre.

Influenciado el hombre por las normas evangélicas y compenetrado con el espíritu de amor a Dios y a su prójimo, queda en libertad de actuar en las distintas actividades humanas, pagando "al César lo que es del César", sin que deje de modo alguno de "dar a Dios lo que es de Dios".

Separemos bien las santas ideas de la religión católica, grandiosas por los fines que persiguen, y no unamos a ellas la vida efímera de las organizaciones humanas. Los hombres pasan, los organismos pasan también, desaparecen las naciones y los poderosos del mundo; pero siempre queda como una extraordinaria muestra del poder de Dios, la fé en la esperanza de un mundo mejor, más justo, al final de la vida llena de amarguras en este valle de dolor.

Sin que padezcan nuestros principios religiosos, sepamos distinguir el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas a través de las organizaciones del mundo, del fin supremo del hombre que es su salvación eterna, guardando fielmente los mandamientos impuestos por Dios.

Jesús de Nazaret, confundió una vez más, a escribas y fariseos que hipó-

critamente buscaban en el Maestro la desorientación en la exposición de su perfecta doctrina evangélica.

Y una vez más, el Evangelio, nos dejó una lección extraordinaria que nos ha de orientar en todos los tiempos.

R.

Comentando

## ¿Y yo qué tengo?

No te preocupes, lector, pensando que hoy trato de hacer propaganda de mis mejores o peores condiciones morales, literarias, etc... Nada de eso. Si he de hablar con entera sinceridad, sin considerarme literariamente mejor que los malos, si creo firmemente que la mayoría de los escritores son inferiores a mí. Hablen las ridículas y cursis novelas de hoy, que en su

mayoría cumplen los gustos del público inculto que las lee, y hablen las comedias y los dramas absurdos, inocuos, que atollondran viciosamente, con harta frecuencia, a los auditorios sin preparación... Hablen, así mismo, los diálogos de esas películas tostadas, escritos en telegrama, y pronunciados por el, y sobre todo por ella, con lánguida voz displicente de niña tuberculosa.

Y sigo con mi tema. En tales escuelas y con tales maestros, el público aprende solamente mal gusto, pierde sensibilidad, extravía sus ideas estéticas, corrompe su léxico y asesina su casticismo español de rancia solera, para europeizarse o americanizarse, y menos mal que, por ahora no se asiaticiza, africaniza u oceaniza.

De esa cantera salen ciertos poetas y dramaturgos, nuevos novelistas y articulistas, y día ha de llegar, si por evitarlo nada se hace, en que el castellano deje de ser hermoso y flexible y el diccionario se reduzca a cuatro frases standard, y la decla-

mación se establezca por tasa telegráfica. Y es que estos maestros de hoy a los que me refiero, no sé qué tienen. Y en esto, precisamente, está el intrínquis. Algo hay en ellos que yo no comprendo. Lo he preguntado a varios hombres serios y cultos, y no me lo han sabido definir. Lo pregunté igualmente, a los mismos maestros de lo estrambótico, y tampoco han sabido. Es algo así como el forro de un agujero.

Como educan en el mal gusto, que es de fácil asimilación, y como el público por ellos educado, tiene extragada la exquisitez, resulta que su sistema es pegadizo y ramplón. Es una ostra adherida a la torpe roca de la madurez espiritual, que no hay quien la despegue, y a todos contamina y a algunos espíritus predisuestos, con una facilidad asombrosa.

Eso es lo que ellos tienen. Y yo soy enemigo de esa escuela ¿qué es lo que tengo? Yo mismo temo contestar a esa pregunta, por si acaso el contagio se apodera de mí. Temo al contagio porque siento dentro de mí bullir algo extraño y patológico. Siento que se adentra en mis entrañas literarias, y que trata de imponerse. Ahora casi me domina. ¿Me dominará ya? Yo así lo creo. Repitamos la pregunta, y por la respuesta lo sabremos.

¿Y yo, qué tengo?..... ¡Tengo una vaca lechera!.....

HERO.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

### José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

## César A. Prieto

PINTOR

Dorado. pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115  
GIJON

## Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Telefon 1817 - GIJON

Por falta de espacio queda para otro número la solución al crucigrama núm. 24 y el jero-glífico correspondiente.

Morán.

## PALACIOS

LIBRERIA  
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

-- DE --

## Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

## AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

### MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

## JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

### Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

# La

# CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

## CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)